

del sacrificio necesario para restablecer el reino de María y con él el reinado de Cristo sobre el mundo. De donde con toda urgencia se deduce la necesidad de los esclavos religiosos.

De las anteriores consideraciones y de otras no menos fundamentales y claras, dedujimos en nuestra obra «LA INMACULADA, *Del culto interno y externo*» que a María había que conocerla, amarla y honrarla, en estos tiempos, como Inmaculada; tanto en el culto interno, que consiste en la fe, esperanza y caridad, cuanto en el externo, que se constriñe a las manifestaciones de ese culto, principalmente en la imitación, mediante la práctica de las virtudes. Y como quiera que para imitar hay que proponerse el modelo; de aquí que nosotros debemos imitar a María, en el momento de ser concebida sin mancha, como grado el más perfecto en la imitación; o recién nacida, como modelo más cabal en lo humano; o como niña o jovencita, según se apareció en Lourdes, como forma la más general, por ser más fácil de imitar para todos.

De aquí deducimos que los más perfectos esclavos tendrán sus más regladas delicias en la consideración y contemplación del primer instante del ser de María; pero, en cuanto ha de exteriorizarse, en María recién nacida hallarán el modelo perfectísimo que imitar y, por lo tanto, acabada de nacer será la más perfecta representación de la Reina de los esclavos ínfimos de que venimos tratando.

Que así debe ser es de todo punto evidente, por multitud de razones que armonizan muy bien con la naturaleza de los esclavos; con los enemigos de Cristo, a quienes estos esclavos han de vencer; con el reino de Cristo Eucaristía, que ha de ser precedido, por el de la Virgen Inmaculada ...

Y en efecto:

A súbditos como los esclavos, humildes, pobres, pequeños, rebajados, hollados y oprimidos, como el talón lo es respecto del cuerpo humano ¿qué soberano será más adecuado que una mujer y ésta en el primer instante de su vida? Para rendirse ante tal soberano hacen falta la humildad, y el supremo anonadamiento intelectual de la fe divina; hay que entender que la Santísima Virgen en ese ínfimo instante, como dice Sto. Tomás de Villanueva en un sermón de la Natividad, es *parva per humilitatem, alias enim magna erat*; y en esa pequeñez confesar toda grandeza, y en esa humildad reconocer absortos la suprema majestad que ha circundado a una